

Francis Quinn era un político de la nueva escuela. Naturalmente esto es una expresión sin sentido, como lo son todas las expresiones de este tipo. La mayoría de las «nuevas escuelas» que tenemos fueron duplicadas en la vida social de la antigua Grecia y tal vez, si supiésemos más sobre ello, en la vida social de la antigua Sumeria y también en las moradas lacustres de la Suiza prehistórica.

Pero para salir de un comienzo que promete ser aburrido y complicado, será preferible poner de manifiesto inmediatamente que Quinn ni se presentaba para candidato, ni solicitaba votos, no hacía discursos y no llevaba a cabo fraudes electorales. De la misma forma que Napoleón no apretó un gatillo en Austerlitz.

Y como los políticos son unos extraños compañeros de cama, Alfred Lanning estaba sentado al otro lado del escritorio con sus feroces cejas blancas muy curvadas hacia abajo sobre unos ojos donde la impaciencia crónica se había convertido en agudeza. No estaba contento.

Este hecho, aunque hubiese sido conocido por Quinn, no habría molestado a éste en absoluto. Su voz era amistosa, tal vez por razones profesionales.

— Supongo que conoce usted a Stephen Byerley, doctor Lanning.

— He oído hablar de él. Como mucha gente.

— Sí, yo también. ¿Acaso piensa usted votarlo en las próximas elecciones?

— No sabría decirlo -había aquí un inconfundible rastro de amargura-. No he seguido las campañas políticas, por consiguiente no estaba al corriente de que se presentaba candidato.

— Puede ser nuestro próximo alcalde. Por supuesto, ahora es sólo un abogado, pero es un chico que promete...

— Sí -interrumpió Lanning-. He oído la frase antes. Pero me pregunto si la situación no se le escapará de las manos.

— Nosotros tenemos la situación por la mano, doctor Lanning. -El tono de Quinn era muy amable-. Me interesa sobremanera que el señor Byerley siga siendo fiscal del distrito, y a usted le interesa ayudarme para que así sea.

— ¿Me interesa a mí? ¡Venga ya! -las cejas de Lanning se arquearon ostensiblemente.

— Bien, digamos entonces que le interesa a «U.S. Robots & Mechanical Men Corporation». Recorro a usted como Director Emérito de Investigación, porque sé que su conexión con ellos es de, digamos, «anciano estadista». Lo escuchan con respeto y sin embargo su relación con ellos ya no es tan estrecha como para que no pueda contar con una considerable libertad de acción; incluso si la acción es en cierta forma poco ortodoxa.

El doctor Lanning guardó silencio un momento, rumiando sus pensamientos. Dijo con mucha suavidad:

— No le sigo en absoluto, señor Quinn.

— No me sorprende, doctor Lanning. Sin embargo es todo bastante simple. ¿Le molesta? -Quinn encendió un delgado cigarrillo con un encendedor sencillo y de buen gusto, y su rostro de huesos grandes adquirió una expresión como de estar bastante divertido-. Hemos hablado del señor Byerley, un carácter extraño y pintoresco. Hace tres años era un desconocido. Ahora es muy conocido. Es un hombre de fuerza y habilidad, y sin duda el fiscal más capacitado e inteligente que jamás he conocido. Desgraciadamente, no es amigo mío...

— Comprendo -dijo Lanning, de forma mecánica. Se miró fijamente las uñas.

— El año pasado tuve ocasión de investigar al señor Byerley... de manera bastante exhaustiva -continuó Quinn, en el mismo tono-. ¿Sabe? Siempre es útil someter el pasado de los políticos reformistas a una investigación bastante inquisitiva. Si usted supiera cómo ayuda en muchas ocasiones... -Hizo una pausa para sonreír humorísticamente a la punta incandescente de su cigarrillo-. Pero el pasado del señor Byerley es de lo más corriente. Una vida tranquila en una pequeña ciudad, educación universitaria, una mujer que murió joven, un accidente de automóvil con un lento restablecimiento, la Facultad de Derecho, la llegada a la metrópolis, un abogado. -Francis Quinn movió la cabeza despacio, luego añadió:- Pero su vida actual, ah, ésta sí es notable. ¡Nuestro fiscal del distrito no come nunca!

La cabeza de Lanning se levantó de golpe, y los viejos ojos se agudizaron por la sorpresa.

— ¿Cómo dice?

— Nuestro fiscal del distrito no come nunca -repitió marcando las sílabas-. Lo modificaré ligeramente. Nunca ha sido visto comiendo o bebiendo. ¡Nunca! ¿Comprende usted el significado de la palabra? ¡No rara vez, sino nunca!

— Me parece bastante increíble. ¿Puede usted confiar en sus investigaciones?

— Puedo confiar en mis investigaciones y no me parece increíble en absoluto. Es más, nuestro fiscal del distrito nunca ha sido visto bebiendo, ni agua ni bebidas alcohólicas, y tampoco durmiendo. Hay otros factores, pero creo haber expuesto ya la cuestión.

Lanning se reclinó en su silla, y se produjo entre ellos el silencio absorto del desafío y de la contestación, y a continuación el anciano experto en robótica sacudió la cabeza.

— No. Si sumo sus afirmaciones al hecho de que me las dirige a mí, sólo una cosa puede usted estar intentando decirme, y eso es imposible.

— Pero ese hombre es casi inhumano, doctor Lanning.

— Si me dijese que era Satán enmascarado, habría una ligera probabilidad de que le creyese.

— Le digo que es un robot, doctor Lanning.

— Y yo le digo que es la idea mas imposible que jamás he escuchado, señor Quinn.

De nuevo el desafiante silencio.

— En cualquier caso -y Quinn apagó su cigarrillo con estudiada atención-, tendrá que investigar esta imposibilidad con todos los recursos de «Corporation».

— Le aseguro que yo no puedo encargarme de una cosa así, señor Quinn. No estará sugiriendo seriamente que «Corporation» se meta en la política local.

— No tiene elección. Supongamos que tengo que hacer públicos los hechos sin pruebas. La evidencia es bastante circunstancial.

— Haga lo que le parezca conveniente al respecto.

— Pero a mí no me convendría eso. Sería preferible tener las pruebas. Y tampoco le convendría a usted, pues la publicidad sería perjudicial para su compañía. Imagino que está usted perfectamente bien informado sobre las reglas estrictas contra el uso de robots en mundos habitados.

— ¡Por supuesto! -replicó bruscamente.

— Usted sabe que «U.S. Robots & Mechanical Men Corporation» es el único fabricante de robots positrónicos en el Sistema Solar y, si Byerley es un robot, es un robot positrónico. También está usted enterado de que todos los robots positrónicos son

alquilados, que no se venden; que «Corporation» sigue siendo el dueño y tutor de cada robot, y que por consiguiente es responsable de los actos de todos.

— Es muy fácil, señor Quinn, probar que «Corporation» nunca ha fabricado un robot de carácter humanoide.

— ¿Se puede hacer? Sólo para discutir las posibilidades.

— Si. Se puede hacer.

— Imagino, también en secreto. Sin que aparezca en sus libros.

— El cerebro positrónico no, señor. Intervienen demasiados factores en él, además existe la supervisión más estrecha que se pueda imaginar por parte del Gobierno.

— Si, pero los robots se vuelven inservibles, se estropean, se averían... y son desmantelados.

— Y los cerebros positrónicos se vuelven a usar o se destruyen.

— ¿De verdad? -Francis Quinn se permitió un rasgo de sarcasmo-. Y si uno no fuese destruido, accidentalmente, por supuesto... y ocurriese que una estructura humanoide estuviese esperando un cerebro.

— ¡Imposible!

— Tendrá que probárselo al Gobierno y al público, ¿por qué entonces no me lo prueba a mi ahora?

— ¿Pero por qué deberíamos hacerlo? -preguntó Lanning, exasperado-. ¿Dónde está nuestro interés? Limítese a creernos con un mínimo de sentido común.

— Mi querido señor, por favor. La «Corporation» sólo estaría más que feliz de contar con el permiso de varias regiones para usar robots positrónicos humanoides en mundos habitados. Los ingresos serían enormes. Pero el prejuicio del público con respecto a semejante práctica es demasiado grande. Imagínese que primero lo acostumbra a este tipo de robots. Veán, tenemos un experto abogado, un buen alcalde, y es un robot. ¿No quieren comprar nuestros robots mayordomos?

— Totalmente fantástico. Un humor que desciende casi al nivel de lo ridículo.

— Supongo que si. ¿Por qué no probarlo? ¿O sigue prefiriendo probarlo públicamente?

La luz de la oficina estaba disminuyendo, pero todavía no era tan densa como para

oscurecer el flujo de frustración del rostro de Alfred Lanning. Despacio, los dedos del experto en robótica apretaron un botón y los apliques de la pared brillaron con suave vida.

— Bien, en ese caso, vamos a ver qué pasa -rezongó.

No es fácil describir el rostro de Stephen Byerley. Tenía cuarenta años según el certificado de nacimiento y cuarenta años por su aspecto, pero era un sano, bien alimentado y bonachón aspecto de cuarenta años; al verlo uno no podía evitar que acudiese a su mente la frase hecha, «aparenta la edad que tiene».

Esto era particularmente cierto cuando se reía; y ahora se estaba riendo. La risa surgió sonora y continuada, se desvaneció un momento, luego volvió a empezar.

Y el rostro de Alfred Lanning se contrajo en un rígidamente amargo monumento de desaprobación. Hizo un ligero gesto a la mujer sentada junto a él, pero los finos y lívidos labios de ella sólo se fruncieron un poquito.

Byerley, jadeando, recobró un estado cercano a la normalidad.

— ¿De verdad, doctor Lanning, de verdad... yo... yo un robot?

Lanning lanzó sus palabras con vehemencia:

— No se trata de una afirmación mía, señor. Yo estaría completamente feliz de tenerlo como miembro de la Humanidad. Desde el momento que nuestra corporación jamás lo ha fabricado, estoy bastante seguro de que lo es... en cualquier caso en un sentido legal. Pero dado que la pretensión de que usted es un robot nos ha sido seriamente formulada por un hombre de cierto peso...

— No mencione su nombre, si ello debe provocar un desprendimiento de su bloque ético de granito, pero imaginemos, como hipótesis, que se trata de Frank Quinn, y continúe.

Ante la interrupción, Lanning lanzó un agudo y cortante bufido e hizo una pausa furiosa antes de continuar con añadida frialdad:

— ... por un hombre de cierto peso, con cuya identidad no quiero jugar a las adivinanzas, tengo que solicitar su colaboración para refutarlo. El mero hecho de que los medios a disposición de este hombre pudiesen formular y dar publicidad a una aseveración semejante, sería un duro golpe para la compañía que yo represento... incluso si la acusación nunca hubiese sido probada. ¿Me comprende?

— Oh, sí, tengo clara su posición. La propia acusación es ridícula. No es el caso de su

postura. Le ruego me disculpe si mi risa le ha ofendido. Me reía de lo primero, no de lo segundo. ¿Cómo puedo ayudarle?

— De una forma muy simple. Sólo tiene que sentarse delante de una comida en un restaurante en presencia de testigos, dejarse fotografiar, y comer.

Lanning se reclinó en su silla, una vez pasado lo peor de la entrevista. La mujer junto a él miraba a Byerley con una expresión aparentemente absorta pero no participaba.

Stephen Byerley encontró los ojos de ella un instante, más bien fue cogido por ellos, luego se volvió hacia el experto en robótica. Durante un momento sus dedos permanecieron pensativos sobre el pisapapeles de bronce que era el único objeto que había sobre su escritorio.

— No creo que pueda obligarlo -dijo Lanning, pausadamente.

El otro levantó la mano.

— Espere, doctor Lanning. Tomo en consideración el hecho de que todo este asunto es desagradable para usted, que ha sido obligado a ello en contra de su voluntad, que se da cuenta de que está interpretando una parte poco digna e incluso ridícula. Sin embargo, este asunto me afecta más íntimamente a mí, por consiguiente sea tolerante.

»En primer lugar, ¿qué le hace pensar que Quinn, este hombre de cierto peso, ya sabe, no le ha engañado, a fin de que haga exactamente lo que está haciendo?

Porque parece muy poco probable que una persona honorable se arriesgue de una forma tan ridícula, si no estuviese convencido de estar pisando sobre seguro.

Hubo cierto humor en los ojos de Byerley.

— Usted no conoce a Quinn. Sería capaz de convertir en terreno seguro la plataforma de una montaña donde ni una oveja podría pisar. ¿Supongo que le ha contado los detalles de la investigación que afirma haberme hecho?

— Lo suficiente para convencerme de que sería demasiado molesto que nuestra corporación tuviese que intentar refutarlos cuando usted puede hacerlo más fácilmente.

— Entonces lo cree cuando dice que yo nunca he comido. Usted es un científico, doctor Lanning. Piense en la lógica que se ha utilizado. Yo nunca he sido visto comiendo, por consiguiente, yo nunca como. Q. E. D. ¡Por favor!

— Está usted utilizando tácticas judiciales para confundir lo que es a decir verdad una

situación sencilla.

— Por el contrario, estoy intentando poner en claro una situación que entre usted y Quinn han complicado mucho. Mire, yo no duermo mucho, esto es cierto, y ciertamente no duermo en público. Nunca me he preocupado por comer con otros; una idiosincrasia que es insólita y probablemente de carácter neurótico, pero que no hace daño a nadie. Escuche, doctor Lanning, deje que le presente un caso supuesto. Supongamos que tenemos un político que está interesado en desacreditar a un candidato reformista a cualquier precio y, mientras está investigando su vida privada, tropieza con unas excentricidades como las que le acabo de mencionar.

»Sigamos suponiendo que a fin de desprestigiar de forma efectiva a este candidato, acude a su compañía como el intermediario idóneo. Usted espera que le diga: "Fulanito de tal es un robot porque prácticamente nunca come con gente, y yo nunca lo he visto dormir en medio de un caso; y en una ocasión cuando miré por su ventana en medio de la noche, estaba allí sentado con un libro; y examiné su nevera por dentro y no había comida."»

»Si le dijese esto, usted enviaría a por una camisa de fuerza. Pero él le dice: "Nunca duermo; nunca come, entonces el shock de la afirmación le impide ver el hecho de que semejantes declaraciones no se pueden probar. Usted le sigue el juego contribuyendo al follón.

— Señor -empezó Lanning, con una obstinación amenazadora-, independientemente de si usted considera que este asunto es serio o no, sólo hará falta la comida que he mencionado para ponerle fin.

De nuevo Byerley se volvió a la mujer, que seguía mirándolo inexpresivamente.

— Discúlpeme. ¿He comprendido bien su nombre? ¿Doctora Susan Calvin?

— Sí, señor Byerley.

— Es usted la psicóloga de «U.S. Robots», ¿verdad?

— Robopsicóloga, por favor.

— Oh, ¿acaso los robots, mentalmente, son tan diferentes de los hombres?

— Como la noche y el día -dijo ella, y se permitió una sonrisa glacial-. Los robots son esencialmente decentes.

El humor tiró de las comisuras de la boca del abogado.

— Bien, esto es un duro golpe. Pero lo que yo quería decir era lo siguiente. Dado que es usted psicó... robopsicóloga y mujer, apuesto a que ha hecho algo en lo que el doctor Lanning no ha pensado.

— ¿Y de qué se trata?

— Tiene algo para comer en su bolso.

Algo se encendió en la disciplinada indiferencia de los ojos de Susan Calvin. Dijo:

— Me sorprende usted, señor Byerley.

Y, abriendo el bolso, sacó una manzana. Tranquilamente, se la tendió. El doctor Lanning, después del respingo inicial, siguió el lento movimiento de una mano a la otra con aguda y atenta mirada.

Con calma, Stephen Byerley la mordió y, con calma, tragó.

— ¿Lo ve, doctor Lanning?

El doctor Lanning sonrió con un alivio suficientemente tangible como para hacer que sus cejas pareciesen benevolentes. Un alivio que sobrevivió un frágil segundo.

Susan Calvin dijo:

— Tenía curiosidad por ver si se la comería, pero, por supuesto, en este caso, no prueba nada.

Byerley gruñó:

— ¿No?

— Claro que no. Es evidente, doctor Lanning, que si este hombre fuese un robot humanoide, sería una perfecta imitación. Es casi demasiado humano para ser verosímil. Al fin y al cabo, hemos estado viendo y observando seres humanos toda nuestra vida; sería imposible engañarnos con algo meramente casi perfecto. Debería ser completamente perfecto. Observa la textura de la piel, la calidad de los iris, la formación ósea de las manos. Si es un robot, desearía que lo hubiese hecho «U.S. Robots», porque es un buen trabajo. ¿Crees pues que alguien capaz de prestar atención a tales detalles sutiles descuidaría algunos artilugios que se ocupasen de cosas como comer, dormir, evacuar? Sólo para casos de emergencia, tal vez; por ejemplo, para prevenir situaciones como las que se están presentando ahora. Por consiguiente, una comida no probaría realmente nada.



— Un momento -dijo gruñendo Lanning-. No soy el estúpido que ambos están haciendo que parezca. No me interesa el problema de la humanidad o no humanidad del señor Byerley. Me interesa sacar a la corporación de un aprieto. Una comida en público zanjaría la cuestión y la mantendría zanjada al margen de lo que hiciese Quinn. Podemos dejar los detalles sutiles para los abogados y los robopsicólogos.

— Pero, doctor Lanning, se olvida de la política en esta situación -dijo Byerley-. Yo tengo tantas ganas de ser elegido como Quinn de que no lo sea. Por cierto, ¿ha advertido que ha pronunciado su nombre? Es uno de mis trucos baratos de abogado tramposo. Antes de que lo hiciese, yo sabía que lo haría.

Lanning se sonrojó.

— ¿Qué tienen que ver las elecciones con esto?

— La publicidad trabaja en los dos sentidos, señor. Si Quinn quiere decir que soy un robot, y tiene el descaro de hacerlo, yo tengo el descaro de entrar en el juego a su modo.

— ¿Quiere usted decir que...? -Lanning estaba casi francamente horrorizado.

— Exactamente. Quiero decir que voy a dejar que siga adelante, que escoja su cuerda, compruebe su fuerza, la corte a la longitud adecuada, haga el lazo, meta la cabeza y sonría. Yo haré el resto.

— Está usted muy seguro de si mismo.

Susan Calvin se levantó.

— Vámonos, Alfred, no le haremos cambiar de opinión.

— ¿Lo ve? -sonrió amablemente Byerley-. También es usted psicóloga humana.

Pero probablemente no toda la seguridad que había observado el doctor Lanning estaba presente aquella tarde cuando Byerley aparcó el coche en la entrada automática que daba al garaje subterráneo y atravesó el sendero hasta la puerta principal de su casa.

La figura que estaba en la silla de ruedas levantó la vista cuando entró, y sonrió. El rostro de Byerley resplandeció de afecto. Se dirigió a ella.

La voz mutilada era un ronco y rechinante susurro que salía de una boca para siempre torcida en un lado, que sonreía en una cara cuya mitad era un tejido cicatrizado.

— Llegas tarde, Steve.

— Lo sé, John. Pero hoy he tenido que enfrentarme a un problema peculiar e interesante.

— ¿Y eso? -Ni la descompuesta cara ni la destruida voz podían mostrar expresión alguna, pero había ansiedad en los ojos claros-. ¿Algo que no tiene solución?

— No estoy muy seguro. Es posible que necesite tu ayuda. Tú eres el brillante de la familia. ¿Quieres que te lleve al jardín? Hace una tarde preciosa.

Dos fuertes brazos levantaron a John de la silla de ruedas. Con gentileza, casi acariciadoramente, los brazos de Byerley rodearon los hombros y las piernas envueltas del lisiado. Con cuidado, y despacio, atravesó las habitaciones, bajó la suave rampa que había sido construida pensando en una silla de ruedas y salió por la puerta posterior al jardín cercado con una tapia y alambrado que había detrás de la casa.

— ¿Por qué no me dejas utilizar la silla de ruedas, Steve? Es estúpido.

— Porque prefiero llevarte. ¿Tienes algo que objetar? Sabes que te gusta salir de ese cochecito motorizado un rato, de la misma forma que a mí me gusta verte fuera. ¿Cómo te encuentras hoy? -Depositó a John con infinito cuidado sobre la fresca hierba.

— ¿Cómo quieres que me encuentre? Pero cuéntame tu problema.

— La campaña de Quinn estará basada en el hecho de que afirma que yo soy un robot.

Los ojos de John se abrieron de par en par.

— ¿Cómo lo sabes? Es imposible. No puedo creerlo.

— Oh, venga, yo te digo que es así. Me ha enviado a la oficina a un pez gordo, un científico de «U.S. Robots and Mechanical Men Corporation» para discutir conmigo.

Con lentitud, las manos de John se removieron frenéticamente en la hierba.

— Ya veo. Ya veo.

Byerley dijo:

— Pero podemos hacer que pique el anzuelo. Tengo una idea. Escúchame y dime si podemos ponerla en práctica...

La escena, tal y como aparecía en el despacho de Lanning aquella noche, era un

programa estelar. Francis Quinn miraba pensativamente a Alfred Lanning. La mirada de Lanning estaba posada salvajamente sobre Susan Calvin, que a su vez miraba impasiblemente a Quinn.

Francis Quinn puso fin con un pesado intento de despreocupación.

— Una fanfarronada. Lo está inventando a medida de las circunstancias.

— ¿Va usted a especular con ello, señor Quinn? -preguntó la doctora Calvin, con indiferencia.

— Bien, en realidad, el interés es de ustedes.

— Escúcheme -empezó Lanning, revistiendo el claro pesimismo con jactancia-, hemos hecho lo que nos ha pedido. Hemos sido testigos de que el hombre come. Es ridículo presumir que es un robot.

— ¿Lo cree usted así? -Quinn se volvió hacia Calvin-: Lanning ha dicho que usted era la experta.

Lanning fue casi amenazador:

— Ahora, Susan...

Quinn interrumpió con suavidad:

— ¿Por qué no la deja hablar, hombre? Hace media hora que está aquí sentada como un poste.

Lanning parecía claramente preocupado. De lo que sentía en ese momento a la paranoia incipiente sólo habla un paso. Dijo:

— Muy bien. Tienes la palabra, Susan. No te interrumpiremos.

Susan Calvin lo miró humorísticamente, luego fijó unos ojos fríos en el señor Quinn.

— Sólo hay dos formas de probar definitivamente que Byerley es un robot. Hasta el momento, usted ha presentado evidencias circunstanciales, con las cuales puede acusar, pero no probar; y creo que el señor Byerley es lo bastante inteligente como para contestar a este tipo de material. Probablemente usted piensa lo mismo, o no habría venido aquí.

»Los dos métodos de prueba son el físico y el psicológico. Físicamente, se le puede hacer la disección o utilizar rayos X. Cómo hacerlo sería su problema.

Psicológicamente, puede ser estudiado su comportamiento, pues si es un robot positrónico, debe ajustarse a las tres Leyes de la Robótica. No se puede construir un cerebro positrónico sin ellas. ¿Conoce las Leyes, señor Quinn?

Ella citó lenta, claramente, recitando palabra por palabra la famosa impresión en negrita de la página uno del «Manual de la Robótica».

— Las he oído -dijo Quinn, despreocupadamente.

— En ese caso es fácil seguir el hilo -contestó la psicóloga, secamente-. Si el señor Byerley quebranta cualquiera de las tres reglas, no es un robot. Desgraciadamente, este procedimiento trabaja sólo en una dirección. Si vive de acuerdo con las reglas, no prueba nada en un sentido o en el otro.

Quinn levantó cortésmente las cejas:

— ¿Por qué no, doctora?

— Porque, si se para a pensar en ello, las tres Leyes de la Robótica son los principios esenciales que guían en gran parte el sistema ético del mundo. Por supuesto, se supone que cada ser humano tiene el instinto de la propia conservación. Esto es la Regla Tres para un robot. Asimismo se supone que cada ser humano «bueno», con una conciencia social y un sentido de responsabilidad, acata la debida autoridad; escucha a su médico, a su jefe, a su Gobierno, a su psiquiatra, a su prójimo; obedece leyes, sigue unas reglas, se ajusta a unas costumbres... incluso cuando interfieren en su comodidad y seguridad. Esto es la Regla Dos para un robot. Asimismo, se supone que cada ser humano «bueno» ama a los otros como a si mismo, protege a su prójimo, arriesga su vida para salvar otra. Esto es la Regla Uno para un robot. Para simplificarlo... si Byerley cumple con todas las Reglas de la Robótica, puede ser un robot, y puede ser sencillamente un hombre muy bueno.

— Pero, me está diciendo que nunca podrá probar que él es un robot -dijo Quinn.

— Puedo ser capaz de probar que no es un robot.

— Ésta no es la prueba que yo quiero.

— Tendrá ese tipo de prueba si existe. Usted es el único responsable de sus propios deseos.

En este punto la mente de Lanning dio un repentino respingo ante el aguijón de una idea.

— ¿No se le ha ocurrido a nadie que ser fiscal de distrito es una ocupación bastante

extraña para un robot? -declaró-. Pues el procesamiento de seres humanos, cuando son sentenciados a muerte, les ocasiona infinito dolor.

Quinn se exaltó inmediatamente.

— No, usted no puede zafarse del problema de esta forma. El hecho de ser fiscal de distrito no lo hace humano. ¿No conoce su historial? ¿No sabe que presume de no haber procesado jamás a un hombre inocente? ¿Que hay una veintena de personas que no han sido procesadas porque la acusación contra ellas no le satisfacía, incluso habiendo podido con toda probabilidad convencer a un jurado de acabar con ellas? Es así.

Las delgadas mejillas de Lanning temblaron.

— No, Quinn, no. No hay nada en las Leyes de la Robótica que tenga en consideración la culpabilidad humana. Un robot no puede juzgar si un ser humano merece la muerte. No le corresponde a él decidir. No puede causar daño a un ser humano... sea un canalla, o sea un ángel.

El tono de voz de Susan Calvin parecía cansado.

— Alfred, no hables por hablar. Qué pasa si un robot descubre a un loco que está prendiendo fuego a una casa con gente dentro. ¿Acaso no detendría al loco?

— Por supuesto.

— Y si la única forma de detenerlo fuese matándolo...

En la garganta de Lanning se produjo un sonido casi imperceptible. Nada más.

— Alfred, la contestación es que haría lo posible para no matarlo. Si el loco muriese, el robot necesitaría psicoterapia porque podría fácilmente volverse loco ante el conflicto que se le había planteado... al incumplir la Regla Uno para atenerse a la Regla Uno en un sentido superior. Pero habría muerto un hombre y lo habría matado un robot.

— Bien, ¿Byerley está loco? preguntó Lanning, con todo el sarcasmo que pudo reunir.

— No, pero él mismo no ha matado a ningún hombre. Ha expuesto hechos que pueden indicar que un ser humano en particular es peligroso para la amplia masa de los otros seres humanos que llamamos sociedad. Él protege el número mayor y con ello se atiene a la Regla Uno en su máximo potencial. Es lo más lejos que llega. Es el juez quien posteriormente condena al criminal a la muerte o a la prisión, después de que el Jurado decide sobre su culpabilidad o inocencia. Es el carcelero quien lo mete en prisión, el verdugo quien lo mata. Y el señor Byerley no ha hecho más que determinar

la verdad y ayudar a la sociedad.

»Señor Quinn, el caso es que, después de habernos usted traído a colación el asunto, he estudiado la carrera del señor Byerley. He descubierto que nunca ha solicitado la sentencia de muerte en sus discursos de clausura dirigidos al jurado. También he descubierto que ha hablado en beneficio de la abolición de la pena capital y que ha contribuido generosamente a buscar instituciones involucradas en la neurofisiología criminal. Aparentemente cree en la reinserción, más que en el castigo por el crimen. Creo que esto es significativo.

— ¿Eso cree? -sonrió Quinn-. ¿Significativo en cuanto a cierto olor a robótica, quizás?

— Quizá. ¿Por qué negarlo? Acciones como las tuyas sólo pueden proceder de un robot, o de un ser humano muy honorable y decente. Pero ya lo ve, no se pueden hacer diferencias entre un robot y el mejor de los humanos.

Quinn se reclinó en su silla. Su voz tembló de impaciencia:

— ¿Doctor Lanning, es perfectamente posible crear un robot humanoide que duplicase perfectamente a un ser humano en apariencia, verdad?

Lanning rumió y reflexionó.

— «U.S. Robots» lo ha hecho de forma experimental sin añadir un cerebro positrónico, por supuesto -dijo, de mala gana-. Utilizando óvulos humanos y grupos de control de hormonas, se puede hacer crecer carne y piel sobre un armazón de plástico de porosa silicona que desafiaría todo examen externo. Los ojos, el pelo, la piel serían realmente humanos, no humanoides. Y si se coloca un cerebro humanoide, y dentro algunos otros mecanismos a voluntad, tendrá un robot humanoide.

— ¿Cuánto tiempo se tardaría en hacer uno? -dijo Quinn, escuetamente.

Lanning consideró la pregunta.

— Si se cuenta con todo el material, el cerebro, el armazón, los óvulos, las hormonas adecuadas y las radiaciones... digamos, dos meses.

El político se enderezó en la silla.

— Entonces veremos cómo es el interior del señor Byerley. Será una publicidad para «U.S. Robots»... pero ya les di su oportunidad.

Cuando se quedaron solos, Lanning se volvió con impaciencia a Susan Calvin.

— ¿Por qué insistes?

Y ella, con un sentimiento real, contestó aguda e instantáneamente:

— ¿Qué quieres... la verdad o mi dimisión? No voy a mentir por ti. «U.S. Robots» puede cuidarse solito. No seas cobarde.

— ¿Que pasará si abre a Byerley y empiezan a caer ruedas y engranajes? ¿Qué pasará entonces?

— No abriré a Byerley -dijo Calvin, desdeñosamente-. Byerley es tan inteligente como Quinn, como mínimo.

La noticia irrumpió en la ciudad una semana antes de que fuese presentada la candidatura de Byerley. Pero «irrumpir» no es la palabra correcta. Penetró tambaleándose en la ciudad, se fue deslizándose arrastrándose a gatas. Empezaron las risas, y se dio libre curso al ingenio. Y como la muy larga mano de Quinn aumentaba gradualmente su presión, la risa fue obligada, se introdujo un elemento de irónica incertidumbre y la gente acabó por mostrar asombro.

La propia asamblea parecía un sentimental inquieto. No había sido preparada una alternativa. Una semana antes, sólo Byerley podía haber sido propuesto como candidato. Ni siquiera en aquel momento existía un sustituto. Tenían que presentarlo a él, pero el asunto estaba rodeado de completa confusión.

La situación no hubiese estado tan mal si el individuo medio no hubiese estado dividido entre la envergadura de la acusación, si era cierta, y el sensacional disparate que suponía, si era falsa.

Un día después de que Byerley fuese propuesto como candidato a la desesperada, irónicamente un periódico publicó por fin lo esencial sobre una larga entrevista con Susan Calvin, «la famosa experta mundial en robopsicología y cerebros positrónicos».

Lo que se desencadenó se conoce popular y sucintamente como el infierno.

Era lo que estaban esperando los Fundamentalistas. No eran un partido político; pretendían no formar parte de una religión convencional. Esencialmente eran aquellos que no se habían adaptado a lo que en una ocasión se llamó la Era Atómica, en la época en que los átomos eran una novedad. De hecho, eran los Vividores-Sencillos, que anhelaban un tipo de vida que para quienes la vivían probablemente no parecía tan «sencilla», y que eran, por consiguiente, prisioneros de ella.

Los Fundamentalistas no necesitaban un nuevo motivo para aborrecer a los robots y a sus fabricantes; pero un nuevo motivo como la acusación de Quinn y el análisis de

Calvin fue suficiente para que este aborrecimiento se volviese sonoro.

Las enormes naves de «U.S. Robots and Mechanical Men Corporation» eran una colmena que preparaba guardias armados. Se preparaban para la guerra.

En la ciudad, la casa de Stephen Byerley estaba rodeada de policías.

La campaña política, por supuesto, dejó de lado todas las demás cuestiones, y sólo se parecía a una campaña en que había algo que llenaba el vacío entre la candidatura y las elecciones.

Stephen Byerley no permitió que aquel hombrecillo quisquillo le pusiera nervioso. En el fondo, estaba tranquilamente imperturbable ante los uniformes. Fuera de la casa, pasada la línea de ceñudos guardias, los reporteros y fotógrafos esperaban según la tradición de la casta. Una emprendedora cadena de Televisión había incluso enfocado un dispositivo explorador en la puerta sin adornos de la modesta casa del fiscal, mientras un locutor sintéticamente excitado la llenaba de comentarios engordados.

El quisquilloso hombrecillo se adelantó. Tenía en la mano una impresionante y complicada hoja.

— Esto, señor Byerley, es una orden judicial que me autonza a examinar este lugar en vistas a la eventual presencia de... ejem... hombres mecánicos o robots ilegales de cualquier descripción.

Byerley se levantó a medias y cogió el papel. Lo miró con indiferencia, y sonrió mientras se lo devolvía.

— Todo en orden. Haga su trabajo, señor. -Y dirigiéndose a su ama de llaves, que apareció a regañadientes desde la habitación contigua-: Señora Hoppin, por favor, vaya con ellos, y ayúdeles en lo que pueda.

El hombrecillo, cuyo nombre era Harroway, titubeó, se sonrojó de forma inconfundible, intentó en vano captar la mirada de Byerley y murmuró a los dos policías:

— Vamos.

Al cabo de diez minutos estaba de vuelta.

— ¿Hecho? -preguntó Byerley, justo en el tono de la persona que no está particularmente interesada en el asunto, o en su desenlace.

Harroway se aclaró la garganta, hizo una mala entrada en falsete y empezó de nuevo,



airadamente:

— Escuche, señor Byerley, tenemos especiales instrucciones de examinar la casa muy concienzudamente.

— ¿Y no lo han hecho?

— Se nos ha dicho exactamente lo que tenemos que buscar.

— ¿Si?

— En resumen, señor Byerley, y hablando sin rodeos, se nos ha dicho que lo examinemos a usted.

— ¿A mi? -dijo el fiscal con una amplia sonrisa-. ¿Y cómo pretenden hacerlo?

— Tenemos una unidad de radiación Penet...

— ¿Así que me tengo que dejar hacer una fotografía con rayos X, verdad? ¿Tiene la debida autorización?

— Ya ha visto mi mandato judicial.

— ¿Puedo verlo de nuevo?

Harroway, con la frente brillándole por algo más considerable que el mero entusiasmo, se lo pasó por segunda vez.

Byerley dijo sin alterarse:

— Leo aquí la descripción de lo que tienen que examinar; cito: «La morada perteneciente a Stephen Albert Byerley, situada en el número 355 de Willow Grove, Evanston, junto con cualquier garaje, almacén u otras estructuras o edificios con ella relacionados... junto con los pisos a ella pertenecientes... Hum... etcétera. No está mal. Pero, mi buen hombre, no dice nada de examinar mi interior. Yo no formo parte del lugar. Puede registrar mi ropa si piensa que tengo un robot escondido en el bolsillo.

Harroway no tenía duda alguna sobre a quién debía el trabajo. No tenía intención de titubear, dado que tenía una probabilidad de conseguir un trabajo mucho mejor... por ejempío, mucho mejor pagado.

Dijo, con un débil eco de jactancia:

— Escuche, estoy autorizado a examinar el mobiliario de su casa y cualquier cosa que

se encuentre en ella. Usted está en ella, ¿no es así?

— Una notable observación. Estoy en ella. Pero yo no soy un mueble. Como ciudadano de responsabilidad adulta tengo el certificado psiquiátrico que prueba que tengo ciertos derechos según los Artículos Regionales. El hecho de examinarme pertenecería a la violación de mi Derecho a la intimidad. Este papel no basta.

— Posiblemente, pero si usted es un robot, no tiene Derecho a la intimidad.

— Bastante cierto, pero este papel sigue siendo insuficiente. Me reconoce implícitamente como ser humano.

— ¿Dónde? -Harroway se lo arrebató.

— Donde dice «la morada perteneciente a» y etcétera. Un robot no puede tener propiedades. Y puede decirle a su patrón, señor Harroway, que si intenta redactar un papel similar donde no se me reconozca implícitamente como un ser humano, se va a enfrentar a un entredicho disuasorio y a un pleito civil por el cual tendrá que probar que yo soy un robot con los medios de información actualmente en su poder, o pagar una enorme indemnización por intentar privarme independientemente de mis Derechos según los Artículos Regionales. ¿Le dirá todo esto? No deje de hacerlo.

Harroway se dirigía hacia la puerta. Se volvió.

— Es usted un ahogado astuto.

Tenía una mano en el bolsillo. Durante un momento, permaneció allí. A continuación, salió, sonrió al dispositivo de la Televisión, todavía trabajando, saludó a los reporteros con la mano y gritó:

— Muchachos, mañana tendremos algo para vosotros. No es broma.

En su coche eléctrico, se arrellanó, sacó un diminuto mecanismo del bolsillo y lo inspeccionó con atención. Era la primera vez en su vida que había hecho una fotografía con reflejo de rayos X. Confiaba haberla hecho correctamente.

Quinn y Byerley nunca habían estado a solas cara a cara. Pero el visófono era casi lo mismo. De hecho, aceptado literalmente, tal vez la expresión era correcta, incluso si para cada uno de ellos, el otro era meramente el modelo de luz y de oscuridad de un banco de fotocélulas.

Fue Quinn quien hizo la llamada. Fue Quinn quien habló primero, y sin particular ceremonia:

— He pensado, Byerley, que le gustaría saber que tengo la intención de hacer público que usted lleva un chaleco protector contra la radiación Penet.

— ¿Ah sí? En ese caso, probablemente ya lo ha hecho público. Tengo la impresión de que nuestros emprendedores representantes de la Prensa están interceptando desde hace un tiempo mis diferentes líneas de comunicación. Sé que las líneas de mi oficina están llenas de agujeros; y es por ésto que me he atrincherado en casa las últimas semanas.

Byerley se mostraba cordial, casi locuaz.

Quinn apretó ligeramente los labios.

— Esta llamada está completamente protegida. La estoy haciendo con cierto riesgo personal.

— Debí imaginarlo. Nadie sabe que está usted detrás de esta campaña. Por lo menos nadie lo sabe oficialmente. Todo el mundo lo sabe extraoficialmente. Yo no me preocuparía. ¿Así que llevo un chaleco protector? Supongo que lo descubrió cuando el otro día su cachorro fotógrafo de la radiación Penet se presentó aquí para sobreexponerme.

— Supongo que se da cuenta, Byerley, de que sería bastante obvio para todo el mundo que no se atreve a enfrentarse a un análisis de rayos X.

— ¿También que usted, o sus hombres, intentaron una invasión ilegal de mi Derecho a la intimidad?

— Esto les importaría un bledo.

— Es posible. Es bastante simbólico lo de nuestras dos campañas, ¿verdad? A usted le preocupan bien poco los derechos del ciudadano individual. A mí me preocupan mucho. No quiero someterme al análisis de rayos X porque deseo salvaguardar mis Derechos como principio. De la misma forma que salvaguardaré los derechos de los demás cuando sea elegido.

— Sin duda esto será un discurso interesante, pero nadie le creerá. Un poco demasiado altisonante para ser verdad. Otra cosa -un repentino y brusco cambio-, la otra noche el personal de su casa no estaba al completo.

— ¿En qué sentido?

— Según el informe -dijo, revolviendo unos papeles que tenía ante él y que estaban justo en el campo de visión de la pantalla, faltaba una persona... un inválido.

— Como usted dice -dijo Byerley, en tono monótono-, un inválido. Mi anciano tío, que vive conmigo y que ahora esta en el campo... desde hace dos meses. Una gran-necesidad-de-descanso es la expresión que se suele usar en estos casos. ¿Tiene su autorización?

— ¿Su profesor? ¿Una especie de científico?

— Era abogado... antes de ser un invalido. Ahora tiene una licencia gubernamental para llevar a cabo investigaciones biofísicas, con un laboratorio propio, y una completa descripción del trabajo que esta haciendo, del cual están debidamente informadas las autoridades, a las cuales puedo remitirle. El trabajo es de importancia menor, pero es inofensivo y es un entretenimiento que ocupa a un... pobre inválido. Yo ayudo en lo que puedo, ya ve.

— Ya veo. ¿Y qué sabe este... profesor... sobre la fabricación de robots?

— Yo no puedo juzgar la magnitud de su conocimiento en un campo que desconozco.

— ¿No tiene acceso a los cerebros positrónicos?

— Pregúnteselo a sus amigos de «U.S. Robots». Ellos deben de saberlo.

— No tardaré en hacerlo, Byerley. Su inválido profesor es el verdadero Stephen Byerley. Usted es el robot de su creación. Podemos probarlo. Era él quien estaba en el accidente de coche, no usted. Habrá forma de comprobar los archivos.

— ¿De verdad? Pues, hágalo. Buena suerte.

— Y podemos encontrar ese presunto «lugar en el campo» del profesor, y ver lo que allí descubrimos.

— Bien, no creo, Quinn -dijo Byerley, con una amplia sonrisa-. Desgraciadamente para usted, mi presunto profesor es un hombre enfermo. Donde esta en el campo es su lugar de descanso. Su Derecho a la intimidad como ciudadano de responsabilidad adulta es, bajo estas circunstancias, incluso mayor. No podrá usted obtener un mandamiento judicial para penetrar en su terreno sin una causa justificada. Sin embargo, yo seré la última persona que le impida intentarlo.

Hubo una pausa moderadamente larga, y a continuación Quinn se inclinó hacia delante, de forma que la imagen de su rostro se amplió y se hicieron visibles las finas líneas de su frente.

— ¿Byerley, por qué sigue adelante? No puede ser elegido.

— ¿No puedo?

— ¿Usted cree que sí? ¿Se imagina que el hecho de que no intente refutar la acusación de ser un robot, cuando puede hacerlo fácilmente incumpliendo una de las Tres Leyes, hará otra cosa que convencer a la gente de que usted es un robot?

— Todo lo que veo hasta el momento es que de ser una persona conocida bastante vagamente, todavía un muy oscuro abogado metropolitano, me he convertido ahora en una figura mundial. Es usted un buen publicista.

— Pero usted es un robot.

— Eso es lo que se ha dicho, pero no probado.

— Ha sido suficientemente probado para el electorado.

— En ese caso, relájese... ganará usted,

— Adiós -dijo Quinn, con el primer toque de perversidad, y el visófono se apagó.

— Adiós -dijo Byerley, imperturbable, a la pantalla en blanco.

Byerley trajo de vuelta a su «profesor» la semana antes de las elecciones. El coche aéreo bajó rápidamente en una oscura parte de la ciudad.

— Te quedarás aquí hasta después de las elecciones -le dijo Byerley-. Será preferible que estés alejado si las cosas se ponen mal.

La ronca voz que torcía dolorosamente la deforme boca de John podía haber contenido acentos de preocupación.

— ¿Hay peligro de violencia?

— Eso es lo que amenazan los Fundamentalistas, así que supongo que existe, en un sentido teórico. Pero en realidad no creo que la haya. Los Fundamentalistas no tienen un poder real. Son simplemente el continuo factor perturbador que a la larga puede provocar disturbios. ¿Te importa quedarte aquí? Por favor. No estaré tranquilo si estoy preocupado por ti.

— Me quedaré. ¿Sigues pensando que todo irá bien?

— Estoy seguro de ello. ¿Nadie te conoce en este lugar?

— Nadie. Estoy seguro.

— ¿Y tu salud?

— Bastante bien. No habrá problemas.

— Pues cuidate y mira la televisión mañana, John. -Byerley apretó la deforme mano que se había tendido hacia la suya.

La meditación y el suspense arrugaban la frente de Lenton. Tenía el nada envidiable trabajo de ser el director de la campaña de Byerley, en una campaña que no era una campaña, con una persona que se negaba a revelar su estrategia y se negaba a aceptar la de su director.

— ¡No puedes! -era su frase favorita, que se había convertido en su única frase-. ¡Te lo he dicho, Steve, no puedes!

Se precipitó delante del fiscal, que estaba hojeando las páginas mecanografiadas de su discurso.

— Deja eso, Steve. Escucha, los Fundamentalistas han organizado la muchedumbre. No te van a escuchar. Es más probable que te apedreen. ¿Por qué tienes que hacer un discurso en público? ¿Qué tiene de malo una grabación, una grabación visual?

— Tú quieres que yo gane las elecciones, ¿no es así? -preguntó Byerley, apaciblemente.

— ¡Ganar las elecciones! No vas a ganar, Steve. Estoy intentando salvarte la vida.

— Oh, no estoy en peligro.

— No está en peligro. No está en peligro -Lenton hizo un extraño y grosero sonido en su garganta-. ¿Quieres decir que vas a salir a ese balcón ante cincuenta mil chiflados y vas a intentar hablarles razonablemente... en un balcón como un dictador medieval?

Byerley consultó su reloj.

— Dentro de aproximadamente cinco minutos... tan pronto como estén libres las líneas de la Televisión.

La observación que Lenton dio como respuesta no era transcribible.

La muchedumbre llenaba una zona acordonada de la ciudad. Los árboles y las casas parecían surgir de unos cimientos de masa humana. Y el resto del mundo observaba a

través de ultraondas. Eran unas elecciones puramente locales, pero aun así tenían una audiencia mundial. Byerley pensó en ello y sonrió.

Pero la multitud en sí no incitaba a la sonrisa. Había banderas y pancartas, que reclamaban todo posible cambio en su supuesta calidad de robot. La actitud hostil crecía densa y tangiblemente en el ambiente.

El principio del discurso no fue un éxito. Competía con los chillidos irregulares de la multitud y con los rítmicos gritos de la claque de los Fundamentalistas que formaban islas de turba entre la muchedumbre. Byerley hablaba despacio, impasible.

Dentro, Lenton se tiraba del pelo y gruñía -y esperaba la sangre.

Se había producido un revuelo en las primeras filas. Un ciudadano delgado con ojos saltones y una ropa demasiado corta para sus finos y largos miembros, empujaba para adelantarse. Un policía se precipitó hacia él, abriéndose paso despacio y con esfuerzo. Byerley hizo gestos airados a este último.

El hombre delgado estaba justo debajo del balcón. Sus palabras no se oyeron a causa del ruido.

Byerley se inclinó hacia delante.

— ¿Qué dice? Si tiene una pregunta apropiada, la contestaré -dijo, y se volvió hacia el guardia que lo flanqueaba-: Traígame a este hombre aquí arriba.

Hubo tensión en la multitud. Gritos de «silencio» surgieron de distintos puntos de la muchedumbre, se creó una confusión total que se fue desvaneciendo hasta bajar de tono. El hombre delgado, con el rostro rojo y jadeante, se encaró a Byerley.

— ¿Tiene usted una pregunta? -dijo Byerley.

El hombre delgado se lo quedó mirando y dijo con voz cascada-: ¡Pégue-me! Con repentina energía tendió un ángulo de su mandíbula. — ¡Pégue-me! Usted dice que no es un robot. Pruébelo. Usted no puede pegar a un humano, monstruo.

Sé hizo un silencio extraño, general y total. La voz de Byerley lo atravesó:

— No tengo ningún motivo para pegarle.

El hombre delgado se reía salvajemente.

— No me puede pegar. No quiere pegarme. Usted no es humano. Usted es un monstruo, un hombre de ficción.

Y Stephen Byerley, con los labios apretados, delante de miles de seres que observaban en persona y de millones que observaban a través de las pantallas, echó hacia atrás su puño y golpeó al hombre sonoramente en la mandíbula. El desafiador se desplomó hacia atrás en un repentino colapso, y en su cara sólo se vislumbró una muy clara sorpresa.

Byerley dijo:

— Lo siento. Llévenselo y atiéndanlo. Quiero hablar con él cuando haya terminado.

Y, cuando la doctora Calvin, desde su sitio reservado, dio la vuelta a su automóvil y se alejó, sólo un reportero se había recobrado lo suficiente del shock para correr detrás de ella y gritarle una pregunta que no se oyó.

Susan Calvin dijo por encima de su hombro:

— Es humano.

Sé puede describir el resto del discurso como «dicho pero no escuchado».

La doctora Calvin y Stephen Byerley se vieron una vez mas, una semana antes de que él prestase juramento y tomase el cargo de alcalde. Era tarde, la medianoche pasada.

La doctora Calvin dijo:

— No parece cansado.

El alcalde electo sonrió.

— Puedo estar sin dormir mucho tiempo. No se lo diga a Quinn.

— No lo haré. Pero ahora que lo menciona, era una historia interesante la de Quinn. Es una pena que la haya usted echado a perder. ¿Supongo que conoce su teoría?

— A trozos.

— Estaba llena de dramatismo. Stephen Byerley era un joven abogado, un orador convincente, un gran idealista... y con cierto don para la biofísica. ¿Le interesa la robótica, señor Byerley?

— Sólo en sus aspectos legales.

— A este Stephen Byerley, si le interesaba. Pero hubo un accidente. La mujer de



Byerley murió; él, peor. Se quedó sin piernas; se quedó sin rostro; se quedó sin voz. Parte de su mente se... torció. No se sometería a cirugía plástica. Se retiró del mundo, se acabó su carrera como abogado... sólo le quedaban su inteligencia y sus manos. De alguna forma pudo obtener cerebros prositrónicos, incluso uno complejo, que tenía la enorme capacidad de emitir juicios sobre problemas éticos... que es la función robótica superior desarrollada hasta el momento.

»Le construyó un cuerpo. Adiestrado para ser todo lo que él habría sido y ya no era. Lo mandó al mundo como Stephen Byerley, quedándose detrás como el anciano e inválido profesor que jamás vio nadie...

— Desgraciadamente -dijo el alcalde electo-, yo lo arruiné todo pegando a un hombre. Los periódicos dicen que su veredicto oficial en aquel momento fue que yo era humano.

— ¿Cómo ocurrió? ¿Le importaría contármelo? No pudo ser accidental.

— No lo fue del todo. Quinn hizo el grueso del trabajo. Mis hombres empezaron a propagar el rumor de que yo nunca había pegado a un hombre; de que era incapaz de pegar a una persona; que el hecho de no hacerlo ante una provocación sería la prueba segura de que yo era un robot. Así que organicé un estúpido discurso en público, con todo tipo de publicidad hostil y, casi inevitablemente, algún tonto picó. En esencia, fue lo que yo llamo un truco de abogado tramposo. Y, la atmósfera artificial donde se había creado hizo el resto del trabajo. Por supuesto, los efectos emocionales aseguraron mi elección, como se pretendía.

La robopsicóloga asintió con un gesto de la cabeza.

— Veo que se mete usted en mi campo... supongo que como deben de hacer todos los políticos. Pero siento mucho que haya acabado de esta forma. Me gustan los robots. Me gustan considerablemente más que los seres humanos. Si pudiese ser creado un robot capaz de ser un dirigente civil, creo que lo haría como nadie puede hacerlo. Por las Leyes de la Robótica, sería incapaz de hacer daño a los seres humanos, incapaz de tiranía, de corrupción, de estupidez, de prejuicios. Y después de haber servido durante un período decente, se marcharía, aunque fuese inmortal, porque le resultaría imposible herir a los humanos haciéndoles saber que los había gobernado un robot. Sería ideal.

— Salvo que un robot puede fallar debido a la inherente insuficiencia de su cerebro. El cerebro positrónico jamás ha igualado las complejidades del cerebro humano.

— Tendría consejeros. Tampoco ningún cerebro humano es capaz de gobernar sin asesoramiento.

Byerley miró a Susan Calvin con grave interés.

— ¿Por qué sonríe, doctora Calvin?

— Sonríó porque la historia de Quinn piensa en todo.

— ¿Quiere decir que esta historia tiene una continuación?

— Sólo un poco. Durante las tres semanas que precedieron a las elecciones, este Stephen Byerley del que habla Quinn, este hombre inválido, estaba en el campo por una misteriosa razón. Volvió a tiempo para ese famoso discurso suyo. Y a fin de cuentas, lo que el anciano inválido hizo una vez podía hacerlo una segunda, sobre todo teniendo en cuenta que el segundo trabajo era muy simple en comparación con el primero.

— No la comprendo muy bien.

La doctora Calvin se puso en pie y se alisó el vestido. Era evidente que se disponía a marcharse. Pero antes añadió:

— Hay una ocasión en que a un robot le esta permitido incumplir la Regla Uno...

— ¿Y cuándo es esto?

La doctora Calvin estaba en la puerta. Dijo pausadamente:

— Cuando el humano que recibe el daño es simplemente otro robot.

Y sonrió ampliamente, con su diminuto rostro resplandeciente.

— Adiós, señor Byerley. Espero votarle dentro de cinco años... para Coordinador.

Stephen Byerley se rió entre dientes.

— Debo decirle que me parece una idea muy traída por los pelos.

La puerta se cerró detrás de ella.